387

PEGASO

REVISTA MENSUAL ✱ ★ MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecia—José María Delgado

Julio de 1921. N.º 37 — Año VI.

BIBLIOTECA NACIONAL MONTEVIDEO

Señor
Paul Fort:

En espera de su merced,
Vigilábamos sin sosiego
La frescura de nuestro aljibe
Y las ascuas de nuestro fuego,
Por si pena de frío o sed
Tuviera usted
Cuando llegara a nuestro lar.
Mas tan alto vuela su alondra
Y de manera tan solar
Brilla su aureola principesca,
Que al verle
La humilde alma se atolondra,
Y no sabe cómo ofrecerle
Ni el buen fuego, ni el agua fresca.

Pero ya usted lo habrá notado:
Tan densamente empavesado
Como abierto de par en par,

Lo está aguardando nuestro hogar.
Y esto vale, por mil asertos,
Pues no existe elocuencia par
A la de dos brazos abiertos.

Se lo hemos engalanado
Del mejor modo,
Y no con pompas de papel,
Ni por pagarnos de lumbres fatuas.
El afecto palpita en todo:
En la carne de las estatuas,
En la blancura del mantel,
La transparencia de los cristales,
En la unánime algarabía
De nuestros pájaros natales,
Y más que en eso todavía,
En el sereno mirador,
— De golondrinas heredad —
Que, en anticipo de su anhelo,
Le hemos hecho alhajar, señor,
Para cuando su ruiseñor
Sienta hambre de soledad
Y reclame un festín de cielo.

No, no se quite usted su gacho,
Que afirmado sobre su frente
Es un símbolo y un penacho.
Queremos verle entrar sonriente,
Rumiuneando alguna balada,
Sin que nada
Turbe el hábito de su gesto...
Al desgaire, de gacho puesto,
Como quien pasa
El umbral de su propia casa.

JOSÉ MARÍA DELGADO.

ENSAYO SOBRE LA GRANDEZA MORAL DE MITRE

A Julio Piquet, en amistad y simpatía.

De todas las bellas artes, aquellas que más nos conmueven a través del tiempo, en cuanto al hombre se refiere, son la escultura y la pintura, porque sirven como ninguna a perpetuar la personalidad humana. Así la biografía de un espíritu genial y superior nos lo trae cerca nuestro, como un tibio rayo de sol en un día sereno de invierno.

Mitre ha vivido entre nosotros; pocos serán aquellos a quienes no haya llegado el eco de su soberano patriotismo, no le haya admirado a través de las claras y límpidas páginas de su historia de San Martín o de Belgrano o seguido con atención su actitud frente a los acontecimientos importantes de su país. Hasta el momento de su muerte, tan tranquila y circunspecta como lo fué su vida, su nombre llenaba el ambiente; su personalidad se cernía por sobre la de todos los hombres de su época.

De esta suerte los hechos culminantes que le atrajeron esta majestad ciudadana, están en la memoria de todo argentino de verdad. No insistiremos en ellos, pero sí nos remontaremos a la facultad maestra de este héroe, que en todo momento revela las condiciones de un jefe nato. ¡Es ello, su extraordinario don de mando, su cultura intelectual superior, su tenacidad laboriosa, su abnegación exenta de sensiblería, la fuente

inagotable de su patriotismo, el estoicismo de su carácter, su facultad de frío raciocinio? No es ninguno de estos atributos, tomados aisladamente, sino su íntima unión en un principio del que todos ellos derivan: la grandeza moral. Esa es la fuente de todas las acciones que sirven de guía segura a la conducta del prócer, y que le induce a proceder siempre de acuerdo con los más altos preceptos de humanidad, de justicia para todo tiempo y de caballerosidad en todos los momentos de la existencia.

Cambian los tiempos heroicos en que nació y se educó Mitre, empequeñécese la talla de varones ilustres, tórnase la política más posibilista a medida que los intereses comerciales van tomando más auge, pero, hay alguien en la nación que permanece idéntico a su origen: fuerte, sereno, sensato, avizor y magnánimo: —ese es Bartolomé Mitre. Ni la victoria militar, ni el éxito político; la adversidad o la derrota; la fortuna como la pobreza, no han alterado el molde augusto en que se ha vaciado su alma, gemela de los San Martín y de los Belgrano y toda la pléyade de notables que dieron a la nación Argentina, una democracia progresista por destino.

En la época de la Revolución de Mayo y en las guerras de la independencia que le siguieron, existen tantos hombres preclaros que parece una era de elegidos. Después de ello, en la época de transición al período moderno, cada día son menos los próceres cuyo pecho esté dispuesto a latir únicamente con el bendito corazón del pueblo. Es en este preciso momento que llega Mitre, como para sostener, casi solo, toda esa magnífica herencia, legada por los emancipadores del yugo europeo y los creadores de una nueva entidad soberana.

Alrededor del héroe podrán nacer y desenvolverse los más envidiables talentos, espíritus realmente superiores por la inteligencia literaria, la espiritualidad y la gracia donosa de su verba o enérgicos y nobles caracteres, mas no alcanzarán con ninguna de estas condiciones a superar la persona del General, todo mesura, todo ponderación, certero en sus vistas sobre el porvenir, consecuente consigo mismo. Hombres podrán sustituirle en el gobierno o deshacer sus planes, pero tarde o temprano volverán a ellos, no por hacerle, a buen segur, un homenaje a su intuición intelectual, sino porque son los más viables, justos y duraderos.

En todo país, en que va a sobrevenir, por efecto de la extraordinaria riqueza acumulada y prosperidad comercial jamás detenida, un debilitamiento del carácter moral y de sus bellos frutos: la sinceridad, la consecuencia, el desinterés y la gratitud: —aparecen estos hombres como Mitre para afirmar, de una manera incontrovertible, de que, sin la cultura básica de los sentimientos morales no es ni soñable siquiera la continuidad del esfuerzo humano ni la organización permanente de la familia.

Mientras el cosmopolitismo irremediable de una sociedad en formación ha ido borrando el carácter típico, patriarcal de la antigua sociedad porteña, en que tan armoniosamente aunaban la cultura del espíritu, la afabilidad en las maneras, la tierna gracia del puro corazón, la elegancia instintiva y el señorío en las costumbres y en el manejo de los bienes, la vida diaria del General, desarrollada en su modesta mansión de la calle San Martín, ofrecíase como un ejemplo de aquellos hermosos días de acrisolado argentinismo o porteñismo, como se le suele llamar a ese conjunto de amables, nobles y desenvueltas maneras de ser del argentino de tradición y de abolengo.

Todo ello fluía de la grandeza moral, o, si se quiere explicarlo mejor, de ese consorcio de emociones y de

sentimientos que hace a un hombre rey de sí mismo y soberano domador de sus impulsos y bajos instintos, revelándose así como algo único e íntegro a los demás. Esa magnanimidad es un llamado constante al hombre que hay en nosotros, a ese noble producto de la razón, del sentimiento y del contralor de sí mismo, obtenido en la historia, y cada cual sabe a precio de qué luchas contra la bestia cuyo cubil está tan cerca del aposento donde vive el alma.

Esa facultad magistral habíale sugerido, qué duda cabe, a nuestro héroe, que la manera más grande y ética de vivir, la más completa y cabe el Divino Corazón, consiste en entregar a alguien, o en su ausencia a una gran causa, nuestro corazón todo entero y sacrificarse por él. Después de servir a la nación boliviana, en su carácter de militar, fueron requeridos sus servicios por un partido revolucionario. Era declararlo *"condottiere"* del tiempo del Renacimiento, en que los valientes vendían su pericia y su audacia al mejor postor. Mitre rehusó, por supuesto, en ese lenguaje sobrio y lapidario que es como el engarce de la grandeza moral: "He tomado parte en la rebelión como un huésped que acude a apagar el incendio de la casa donde vive, pero desde que la guerra toma un carácter civil, no quiero hacer el papel de aventurero y me retiro".

En epístola dirigida a don Andrés Lamas, en 1848, dícele al final, cual si quisiera resumir la filosofía de su vida: "En todas estas alternativas de buena y mala fortuna, jamás me he sentido abatido y, lo que es más, he salido de todas ellas con la conciencia tranquila y la frente limpia".

Esta elevación de ideas y de conducta condujeron a su heroico sustentador a la amarga pena de vivir durante largos años alejado de su patria y de su familia.

¡Cuán cierto resulta que en la ciencia moral sólo es verdadero lo que se alcanza con el sacrificio!

Era en 1860, cuando después de celebrarse la unión de todos los argentinos, que Mitre retribuyó la visita que le hicieran anteriormente el Presidente Derqui y el general Urquiza. Queriendo sellar el General, como era su costumbre, con algún acto o frase que manifestasen esa grandeza de ánimo que tan bien lo caracteriza, entrególe al Presidente general saliente su bastón de Gobernador de Buenos Aires, con estas palabras: "Gracias a vuestro patriotismo y magnanimidad, la provincia de Buenos Aires es parte integrante de la República, su Gobernador no poseerá más el bastón que señala la época de la segregación. Os toca conservar esta prenda de seguridad como una conquista que habéis hecho".

La grandeza moral perdona, disculpa y une.

La tan debatida guerra del Paraguay, ciñó otro lauro a la frente del varón consular, por la humanidad con los vencidos, el respeto de la propiedad en tierra enemiga y la cordura con que ajustó las condiciones de paz, condiciones más tarde malogradas por las rencillas de los amigos y ambiciones desenfrenadas de los políticos.

En el frenesí del triunfo, si es permitido calificar así el estado de ánimo de Mitre en este momento, pudieron haberle inducido, siguiendo el clamoreo del odio que rodeaba a la persona de Urquiza, haberle aniquilado por completo, enviándole, como a Rosas, a morir en el destierro. Ni aún Sarmiento guarda la compostura que cuadra a su talento superior. Sólo Mitre se mantiene ecuánime; y cual atisbando el porvenir histórico, sin entregarse a la exageración del odio o de la crítica, contesta a toda esta tempestad de rencores con una sentencia muy propia de la grandeza inmarcesible de su alma: "No he triunfado para ultimar, sino

para liberar hermanos y llamarlos a colaborar en la comunidad argentina, bajo las formas del gobierno popular y libre".

La primera belleza de la vida es ella misma.

La nación que se aparta de las mezquindades de la política y de sus juicios temerarios, vive si produce, produce si se consagra al trabajo, libre de rencores y prejuicios, y trabaja si sus fuerzas activas se ordenan y se orientan en vista de una finalidad: vivir con dignidad.

Ello se me hace la sustancia del mensaje que debía transmitir el 25 de Mayo de 1862 el general Mitre, al primer Congreso Nacional Argentino, en que estaban representadas las catorce provincias.

En ocasión que no se avaloraba debidamente el esfuerzo del soldado brasileño, salió el general de su habitual silencio, que guardaba siempre cuando se tratara de secretos de Estado o cuestiones delicadas que pudieran perturbar la buena armonía entre los pueblos, para defenderle, pues la causa aliada no había sido para él tan sólo un convenio militar, sino un pacto moral, con el cual había de solidarizarse en todo momento. Así se lo hacía saber en forma clara y precisa a su contrincante Juan Carlos Gómez: "si gloria hay en combatir la tiranía, de esa gloria participan los aliados. Si la gloria se conquistó en los combates, esa gloria es de todos los que contribuyeron a ella".

Con esa nítida visión del genio, Mitre se anticipó en algunos lustros a la glorificación del héroe anónimo. Cuando era más álgida la desarmonía entre el Gobierno Imperial del Brasil y el republicano de la Argentina, respecto al arreglo de los límites del Paraguay, Mitre, inspirándose en su noble y humano patriotismo, en su ecuanimidad, en su condición de ser intensamente moral, eleva su voz, por encima de la contienda, denuncia "la política atrasada, egoísta, doble, mezquina y peligrosa", que, como heredero de la tradición lusitana va a poner en práctica el Brasil, contrariando, según su acendrada convicción, la propia conciencia del Brasil moderno. Mitre no habla aquí como patriotero; quiere defender al propio Brasil contra su error de aislarse en el continente. A través de los años venideros, vemos hasta qué punto era sabia la política cordial de este estadista, que siempre fué partidario de la alianza, que, en su propio decir, era la paz y amistad con los limítrofes, consultando los intereses recíprocos de los pueblos y el cumplimiento de las leyes de la civilización, que se condensan en estas palabras del libro sagrado: "Muy sano es que busquemos la paz y la guardemos". De esta suerte, nuevamente, el insigne militar tornóse el pacificador de pueblos y de almas turbulentas...

Muchos años han pasado y ya nadie discute la majestad que imprime a sus actos la larga y grandiosa actuación. Era allá por los años de 1893 y 1898 el período más difícil y peligroso de nuestras relaciones con Chile. Cuando ya nada parece detener a los dos pueblos más maduros de la América Latina, pues acampaban los ejércitos a uno y otro lado de los Andes y permanecían prontas a entrar en combate sus respectivas escuadras, entró como factor de importancia decisiva en la ingrata y sórdida lucha, la grandeza moral de Mitre.

Aprovechando de su invariable amistad con los hombres más notables y eminentes de Chile y la admiración y el respeto y la confianza en que éstos le tenían, puso todo el fiel de la balanza de su influencia para el mantenimiento de la paz con Chile.

Fué Mitre, como ya en otras ocasiones, el verdadero vencedor pacífico de una contienda que hubiese sido sin idealidad ni propósito civilizador.

Esta actuación fué su canto del cisne a la política in-

ternacional. Ya pacificada la República no le quedaba más rol para su diplomacia de paz y de justicia. Esas ideas habían de fecundar sus escritos en todo momento.

El mejor modo de persuadir a los pueblos al bien, es convencerlos que la belleza de la vida está en su armonía.

Los últimos años del gran hombre fueron una plática en ese sentido.

¡A cuántos ha llamado a las alturas de paz, de serenidad y sabiduría el atardecer de este sabio del vivir! Su ejemplo augusto y bello, la sensación de una divina presencia en su torno, nos levantan hacia él y tal es el anhelo que pone esta vida en nuestra alma de parecérsele y volvernos nosotros a nuestra vez, tan ennoblecidos como él por el esfuerzo y la virtud.

ALBERTO NIN FRÍAS.

EL NIÑO DEL MAR

En la arena del mar... ¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!...
Color brusco de rocas en el sol, es el tuyo,
matiz de aguas profundas el de tus grandes ojos
y dureza de costa la de tu pecho nuevo!

No me hagas caso, hijo, no vayas a la escuela,
ni cuentes más que conchas marinas y olas y alas,
y salta la ventana y no obedezcas, y huye,
y sé rebelde, y loco, y juega, y canta, y grita!

Así como ahora mismo, hijo mío, que arrojas
los pulidos guijarros con tus manos morenas,
o al clavar esos ojos casi salvajes, hijo,
en las olas ladronas que te llevan los sueños!

¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... Sólo tiene sentido
para enseñarte, el viejo mar que lo sabe todo.
Eso que no está dicho ni en palabras ni en libros,
sólo las cosas vivas te las traerán al alma.

Rompe el vidrio y serrucha la puerta de tu casa,
o escapa por arriba de los techos, y burla
la cordial vigilancia de tu madre, y sacúdele
con una piedra gorda al guardián de la esquina.

Y échate así a correr hasta llegar al mar,
y bien descalzo, y ebrio de libertad, y alígero,
y radiante, y tirando tu gorra entre las piedras,
escucha cómo enseña el mar antiguo y fuerte.

¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... Agarra con los ojos,
con las manos, y oídos, y narices, las cosas
que tienen luz, olor, sabor, contacto, música,
y apriétales tu vida hasta hacértelas tuyas.

¡Nadie te dará tanto! ¡Nadie te hará tan rico!
¡Ah, mi pequeño y loco, hijo mío, que acuestas
sobre la lenta orilla, en doradas arenas,
tu cuerpo tibio y nuevo junto al mar hondo y ágil!

¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... ¡Que recién has llegado
y ya eres tan amigo del viento y de la ola,
y haces fuerte tu cuerpo, y haces audaz tu alma,
y eres así tan libre que nos vences a todos!

¡Cómo ya son de duros tu pecho y tus pulmones,
tu voluntad de luz, tus ojos de varón,
y cómo hay en tu llanto un metal de rugidos,
y cómo hay en tu cólera una embriaguez de mar!

Te llevaré a las selvas y a las montañas, hijo,
para bañar tu frente de bondad, en la azul
diafanidad del aire que roza las alturas,
hasta hacer generosa tu salud de alma y cuerpo.

¡Y amarás los peligros como el placer más bello,
y nunca tu purísima frente se manchará,
y tendrás un orgullo sencillo y un amor
y un dolor vigorosos, como tu amigo el mar!

¡En la arena del mar!... ¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!...
¡Color brusco de rocas en el sol, es el tuyo,
matiz de aguas profundas el de tus grandes ojos
y dureza de costa la de tu pecho nuevo!

CARLOS SABAT ERCASTY.

EL CERRO DE LOS CAJONES

(CUENTO)

PARA PABLITO MIGUEL

Este cerro de "Los Cajones", en el que ahora se asienta mi casa, y este mismo peñascal frontero a mi ventana, fueron, allá en mi juventud, escenario de una tragicomedia breve, pero en la cual mis nervios se sacudieron en modo que los impresionó por siempre.

Hay lánguidas noches de verano en las que me transporto a aquel momento; las lucecitas de los lampiridos se me hacen las de las almas que antes aquí moraron, pues este cerro fué cementerio. En tiempos no lejanos, cuando el Paso de Barrancas desbordado y el de La Calera no menos crecido, estorbaban el vado del río Santa Lucía hacia el Tala o hacia Minas, los muertos del vecindario se traían a este peñascal, y de esa costumbre tomó nombre el cerro. Se traían a este peñascal, y en los recovecos donde yo he puesto tunas y geranios, canelones y yucas, quedaban los vecinos en negras cajas, y sus infantes en cajoncitos recubiertos de blancas y rosadas telas, con galones de oro y de plata.

Digo, pues, que me transporto a aquella tormentosa noche de verano, en la cual volvíamos de unas carreras lejanas, yo y dos vecinos a cuya prudencia se fiara mi padre para dejarme salir a tan larga distancia.

Volvíamos, pues; había sido tarde de extraordinario bochorno que anunciaba la tormenta irremediable,

y ésta vino, con más premura de la que hubiéramos menester para llegar secos a casa. No vivíamos lejos, pero al llegar a esta cerrillada la oscuridad era completa, la tormenta redoblaba sin tregua sus espeluznantes sonatas, y los relámpagos nos encandilaban, nos asustaban los caballos, y aumentaban los riesgos de nuestra cautelosa marcha.

Por eso, y porque algunas gotas violentas ya nos chicoteaban, resolvimos quedarnos aquí, entre los cajones, bajar los cojinillos y esperar a que el turbión pasara.

Fea compañía la de los muertos, pero, al fin, todos habían sido vecinos y no era cosa de temerles; a la luz de los relámpagos, uno de mis compañeros, don Andrés Lorenzo, veía cercano el cajón del indio Goyo, su compadre y medianero; más allá el del tuerto Natividad, junto al de Melitón Trías, nocturno visitante de todas las majadas; pero la lluvia no consintió más refistoleo, y bajo el abrigo que improvisáramos con nuestros "cueros", soportamos un formidable aguacero, que con su ruido de enorme fritanga venció la voz de la tormenta, haciéndonos zumbar los oídos hasta el punto de no saber bien cuándo la lluvia cesó.

***

Luego dispusimos proseguir nuestro camino, pero don Venancio, el otro compañero, expresó cavilaciones que lo tentaran, y que proponía al compadre; "fuera bueno saber, decía, si los nacidos en Navidad se descoyuntan como todo cristiano, o si, por el contrario, se conservan enteros sus esqueletos, tal como se cuenta".

Pero don Andrés no respondía, metido en un silencio que condensaba elementales prudencias, todo el caudal supersticioso de la idiosincrasia nativa, y la repercusión en su espíritu de mil cuentos, en los que

aparecidos y difuntos obraban como vivientes. Luego expresó que él tenía eso por cierto, pues la finada su madre mil veces lo instruyó en tales cosas, y le inculcó respeto por los difuntos; así toda su vida, hizo una señal de la cruz o recomendó un alma, en cualquier padrenuestro, antes que escudriñar cuando se le aparecía una luz mala, o cuando el porfiado siseo de una lechuza lo seguía en las negruras de la noche.

Fuera allá si quería el compadre tesonero, mas pensáralo bien; y así de este jaez hubiera seguido predicando mi hombre si don Venancio no estalla en anchas risotadas, que me sacudieron también a mí.

Después marchó; marchó el hombre de la curiosidad macabra, a ver el esqueleto o lo que del tuerto quedara; encargónos cuidar su malacara inquieto, desenvainó un facón respetable, y resuelto y jarifo nos dejó.

***

Parecióme justo vindicarme por si el bondadoso don Andrés se hubiera dolido con mis risas. Lié un cigarrillo y se lo ofrecí, moví conversación diferente a la que traíamos, pero él, avizorante hacia el destino del compadre, enhebraba una letanía de monosílabos para responderme, entreverando algún "pues no" y uno que otro "así es".

Por esto la conversación palideció; por esto o porque lentamente pasaba a mí aquella su curiosidad, o su temor a cuanto viene del silencioso imperio que iba a profanar don Venancio.

Y, sin embargo, la muerte es para mí un estado bien normal y definitivo, tanto como para interrogarme a veces si no estarán obstruídos los caminos de mi sensibilidad por donde pudiera venir a incrustárseme en las entrañas, algo de esa como dolorosa veneración que

la gente demuestra experimentar por toda criatura que entra en la descomposición inevitable.

¿Por qué esa noche se impregnaba mi ánimo con la angustia de don Andrés, o con alguna inquieta curiosidad que me hacía desear el final de la aventura?

¿Era simplemente por conocer la situación anatómica del tuerto?

¿Abandonaba su existir subyacente algún fermento supersticioso remotamente emergido en el limbo de mi instinto? ¿Qué diablos daba pábulo a aquel temor indefinido o a aquella congoja inmotivada?

Pudiera haberlo sabido yo sin la interrupción alarmante de los alaridos de don Venancio, quien bajaba del peñascal transfigurado. El hombre reposado y astuto, el paisano curioso que afilaba con maña sus cuchufletas, el compañero de marcha cuya enjundia nos admirara poco antes, al intentar su investigación macábra, venía convertido en bestia ululante, y su aspecto asombroso nos dejó estáticos a don Andrés y a mí.

Aquello no era el compadre; no podía ser don Venancio esta figura de otra vida, con desgarradas ropas actuales, sin sombrero ni facón; no podía ser el de don Venancio este pecho resoplante; no podía ser la suya esta boca abierta como un abismo; no podía ser su voz este roncar, entrecortado por el golpeteo de las mandíbulas incoercibles.

No podía ser y, sin embargo, era. Tal vez el hombre vivió siglos de horror y allí estaba, así, de maltrecho y azorado. Quería huir. Empeñábase en cabalgar su rocín; y todo era agarrar las estriberas y soltarlas para limpiarse las manos con las crines, y, finalmente, no acertar en cosa alguna, dando muestras de tan acabado atontamiento que don Andrés se arrancó de su impasibilidad, lo tomó de un brazo con violencia, sacudiólo recio como para despertarlo, y le gritó en la cara:

—¿Qué mierda le pasa?

* * *

¿Acaso lo sabía él? Pudimos volverlo a cierta normalidad, hacerle recobrar el dominio de su cuerpo trémulo, arrancarle algunas deshilvanadas palabras y calmar aquella ansia de huir que demostraba. Mas luego, hablándole como a niño, lo trajimos a explicaciones concretas. Don Venancio escaló ágilmente los peñascos y gracias a la claridad lunar llegó presto al cajón del tuerto Nativa. Hundió el facón para levantar la tapa; mas haciéndolo, vino de adentro un horrible resplandor, o algo como un fuego vivo que lo envolviera, mientras espantosos rugidos le taladraban las sienes.

El huyó, y ahora, escapado con vida, por milagro, juraba en gran sensatez, no querer saber nada con muertos; por ello nos invitaba y excitaba para marchar, apartándonos de *Los Cajones*, y dejando para otros las averiguaciones que en muy mal momento pretendió hacer.

¡Cuán ancho el cauce de reflexiones por donde venían ahora sus palabras! ¡Cómo reconocía la sin igual prudencia de don Andrés y aquella bondad con que deseara apartarlo de su loco intento!

¡Oh! el compadre juicioso debería completar su obra huyendo en seguida, para salvar el cuero, pues aquel fuego se vendría sobre nosotros, siguiéndonos sin alivio hasta los mismos límites de la tierra.

Por ahí continuaba, pero don Andrés ya no ponía atención; cabizbajo, desenredaba su enmarañada barba, virgen de jabón y peine. Posiblemente en su oráneo se operaba igual lucha, es decir, que las ideas escasas, enredadas, hirsutas y dispersas, también fueron violentamente removidas, pues el enigmático silencio del hombre trascendía a cosas graves.

Habló al fin, puesto en alto un dedo con gesto sibilino,

Era necesario ir a ver la causa que llevara al compadre fuera de las habituales formas del terror en los hombres. ¿Volvernos sin saber lo que era? ¡Jamás!

Y mientras el espanto de don Venanció crecía de manera bien visible, una sonrisa diaboluna marcaba aún más la simétrica ramificación de arrugas en la cara de don Andrés, quien, socarrón, recalcaba en su deseo de poner luz en el caso:

—En viéndonos con cosas del otro mundo, decía, Dios dispondrá, aunque tal vez santiguándonos a tiempo todo pase; pero si son hombres o cosas de aquí, hombres somos nosotros también, ¡qué diantre!...

Supersticioso pero ladino, don Andrés hincaba en el amor propio del compadre, y chancero le preguntaba ¿qué era del sombrero? y ¿qué del facón? Cosa triste volverse sin las garras; además, con la promesa de cualquier real de velas para las ánimas el asunto se presentaría mejor.

Como don Andrés hizo punta, volvimos hacia el lugar del suceso y la senda pedregosa fué para don Venancio verdadero calvario. En la multiplicidad de santiguados se congraciaba con cada muerto que hallaba al paso; pero tranquilizar le era imposible; muy seguro estaba de que aquello no paraba en cosa buena, y tanto repicara con esto, que don Andrés, doblegando respetos, lo detuvo estrujándole un hombro con violencia. ¿Quería dejarse de jeringar? ¿No estaba tan corajudo cuando él le señalara peligros en los tratos con difuntos? ¿Por qué había dicho varón la partera?

Ya junto al cajón del tuerto Nativa el temor de don Venancio advino a pánico; disimulaba don Andrés esperando una reacción o en creencia de que mascullaba rezos; pero viéndolo estremecido como un álamo, ordenóle traviesamente que juntara las garras, antes que nada, y mientras, arrolló pausadamente su poncho al brazo izquierdo, luego levantó el ala de su sombrero

y aseguró el barbijo; desenvainó su daga describiendo una curva aterciopelada y luminosa; púsose en guardia ante el cajón que sigilaba el misterio y con voz tranquila ordenó al compadre levantar la tapa.

¿Levantarla don Venancio? No era lógico esperar tal cosa y, además, su desgobernado cuerpo no obedecía, y su atormentada inteligencia estaba ausente. Pero el gesto fiero del compadre y su enérgica voz de mando lo galvanizaron; como un autómata desquició la tapa y huyó.

Huyó; horrísonos rugidos aflojaban nuestros nervios, y dos ojos de filoso fulgor, dos chispas encendidas en fogón de maleficio, nos clavaron en el sitio estupefactos.

Fué un relámpago: la tesitura criolla de don Andrés operó en su ánimo o en sus músculos de tal manera que la daga fué a hundirse fieramente en el temible monstruo. Allá dentro, con el revoltijo de la osamenta enigmática producíanse espeluznantes ruidos; se diferenciaron los ruidos sin disminuir; y venían luego apagándose en extraños estertores.

El brazo de don Andrés se mantenía férreo asegurando la presa; luego se alzó en violento impulso que también llevó la tapa del cajón, y ensartada en la daga vengadora quedó la comadreja más roja, lánguida y bella que se pudiera soñar.

EMILIO SAMIEL.

TARDE A TARDE

En el umbral apoyo mi cansancio
como una aldeana rústica y sencilla,
y los dos brazos extendidos trazan
una pálida cruz en mis rodillas.

La carne está cansada del trabajo,
mas el alma, invencible vendimiera,
con sus largas tijeras de inquietudes
nuevos racimos que tronchar, espera.

Espera... sí, es cierto. Espera.... espera,
sentada en el umbral de piedra bruta,
inquiriendo en la abierta carretera
que un tinte ambiguo y desolado enluta.

El camino se burla de mi acecho;
me pregunta qué aguardo y lo que quiero.
"¡Si yo no lo sé aún! pero ¡qué importa!
¡Tráeme algo, camino, porque muero!"

Y la ruta supone que estoy loca,
porque ignoro el objeto de mi empeño,
pero mi alma tarde a tarde aúlla
en esta puerta, como can sin dueño.

* * *

La piedra que recoge mi fatiga
ya es lo más suave de este huraño ambiente;
sobre la cruz caliente de mis brazos
se hunde el clavo angustiado de la frente.

Siembra la noche sus semillas negras,
medita un árbol con un gesto uncioso,
y se raja mi espera en un gran llanto
como un fruto maduro y nostalgioso!

LAYLY DAVERIO.

LIBROS VENEZOLANOS

De la lejana tierra venezolana, me llegan, enviados por una mano amiga, varios libros, exponentes de la joven y vigorosa literatura de Venezuela. Con interés verdadero los he leído, y con mayor curiosidad aún: pues en nuestra América pletórica de vida, vibrante de entusiasmos juveniles, las literaturas regionales, diversas a pesar de su fuente común, permanecen ignoradas unas de otras; pues si fecundo es el intelecto que cuaja en brillantes flores y sabrosos frutos literarios, débiles son aún los vínculos que nos unen, y escasas las vías a través de las cuales nuestros corazones se buscan sin lograr conocerse del todo. Avidamente, pues, he interrogado en sus páginas, el alma fraterna y lejana que vibra a pesar de la distancia con nuestros mismos ideales; ávidamente he buscado en ellos, los sentimientos, las aspiraciones, las idiosincrasias de nuestros hermanos.

Ningún lazo, ningún vínculo sólido puede estrecharse entre los pueblos de América si no empiezan ellos por conocerse; ya que el amor no es sino el hondo conocimiento de las almas a través de los accidentes materiales que las separan Todo lo que se haga, pues, para que nos conozcamos mutuamente, intelectuales de los diversos países de América, será obra de fecunda política americanista, de fraterna solidaridad americana.

Es, pues, como un deber y con verdadero regocijo, que escribo estas líneas, para que lleguen, por lo me-

nos, al conocimiento de aquellos que los ignoran, estos nombres de escritores, que en la lejana Venezuela cultivan con el mismo entusiasmo que nosotros la flor exquisita de la literatura.

Buscando el Camino. — Libro de los veinte años llama Picón Salas a este ramillete de prosas, coleccionadas bajo este nombre y fechadas desde 1916 a 1919 Veinte años bien sazonados, por cierto: en sazón de ideas y en sazón de belleza. Artículos hay cuya musicalidad nada tiene que envidiar a la de Rodó; y otros cuya madurez espiritual cuesta creer que pertenezca a tan tierna y verde juventud. Crítica literaria, ensayo filosófico. Mariano Picón Salas no es una promesa de las letras venezolanas, sino una brillante y concreta realidad. Nada conocíamos de este escritor; como nada conocemos, por desgracia, de tantos otros que florecen en profusión de florescencia tropical en la distante y culta Venezuela. Apenas si de la remota tierra, algunos nombres han llegado hasta nosotros. Aparte Rufino Blanco Fombona, que ha salvado las pampas y los montes, los ríos y las selvas, Manuel Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, César Zurrueta, Andrés Mata, Víctor Recamonde, llegaron hasta nosotros por diarios y revistas, o a través de las páginas más americanistas que las de muchos titulados americanistas, del escritor dominicano, ponderado y sagaz crítico y literato Federico García Godoy. Y, sin embargo, Venezuela, Centro América, Colombia, como el Perú, Chile, Bolivia o Ecuador, tienen una pléyade de escritores más castizos, más puros que los nuestros, pues conservan casi intacto aún el tesoro de la lengua legada por los colonizadores, sazonada apenas con matices suavemente diluídos de las razas nativas.

En nuestro Río de la Plata, en cambio, es preciso

tesaurizar avaramente las partículas de oro recogidas trabajosamente en los clásicos, refundirlas en el crisol viviente de nuestro siglo, remozarlas en nueva juventud, salvándolas al mismo tiempo. de la contaminación disolvente del medio en que se mezclan en un dialecto impuro todas las lenguas de la tierra; y después de un penoso trabajo de años afanosamente consagrados a olvidar lo que tantas razas de parlar exótico infiltraron en nuestra niñez cosmopolita, apenas conseguimos realizar una trabajosa y pesada labor sin savia y sin aliento; monótona y dura, cuando quiere ser castiza; afrancesada, cuando ligera y alada.

Mariano Picón Salas maneja su idioma castizo y puro, fino y flexible como una bien templada hoja toledana. Clásico sin rebuscamiento: sugestivo siempre, evocador de sutiles matices, grávido de ideas, caliente de emociones, "Buscando el Camino" deja en el alma el perfume de las mil flores recogidas en sus altos. Tiene algo de Rodó, algo de Montalvo, algo de Azorín; pero es siempre Picón Salas.

"Los dos Abuelos" están ahí, frente a nosotros, vivos de toda la sangre, austera e hidalga de los viejos castellanos el uno; de la gracia sutil, de la fina sal de Francia, el otro. "El Monje" es una figura bajada de una tela de Zurbarán. "El reinado de la Picardía" despliega frente a nosotros todas las corolas monstruosas que el vicio y la miseria florecen en el hampa. Paganos consejos del viejo Sileno, pero llenos de sana verdad son los encerrados en "Artistas Hombres", que dedica a nuestro compatriota el poeta Montiel Ballesteros; como en "Mozas Campesinas", en el cual se respira todo el agreste perfume, toda la fecunda vida de los campos.

"Fradique Méndez", "Osvaldo", "El Ultimo Pagano", son glosas llenas de emoción, de fina sensibilidad, de honda comprensión, a las obras de Queiroz, de

Ibsen y de Nietzche. Picón Salas tiene un profundo sentido de la crítica; de la crítica a lo Azorín, que suma su sensibilidad de hombre moderno a las obras que comenta, las que parecen revivir bajo su pluma con una nueva y diferente vida, llena de juventud y de entusiasmo.

Juventud potente la de este escritor que pudo dictar sabios consejos, áticos consejos en "Pintura de un vivir"; juventud rica ya en frutos sabrosos y nutritivos en los párrafos que titula "La finalidad poco americanista de una literatura", que nada tienen que envidiar a un Francisco García Calderón, a un Manuel Ugarte, a un Federico García Godoy o a un Pedro César Dominici.

Crítico sagaz, comprensivo, nutrido de lectura que abarca desde los clásicos griegos hasta la morbosa literatura francesa de *avant-guerre;* sus estudios sobre nuestro compatriota Emilio Oribe, sobre Tulio González Salas o Emilio Menotti Spósito, tienen también la fina ironía, la hábil esgrima de un Montalvo en el artículo titulado "Para don Tulio Febres Cordero"; la respetuosa admiración a un maestro en "Camino de Italia" o en "Sermones líricos de Díaz Rodríguez"; la ternura evocadora y sugestiva en el estudio sobre un libro de José Juan Tablada que titula "En un día"...

¿Es este el primer libro de Picón Salas? Nada sabemos; ni el volumen gentilmente enviado por su autor lo dice. Suponemos que sí.

Pero Mariano Picón Salas no necesita "buscar su camino", que se desenvuelve todo trazado ya, y espléndidamente promisor de triunfos frente a él. La crítica literaria y el ensayo son sus mejores éxitos. Menos nos gustan los artículos titulados "Dulce y Suave", "La Historia de Juan Pérez", "Filosofía de la Comodidad" o "La Visión de Ella".

El libro leído nos ha dejado con el deseo de leer algo más. Escriba Picón Salas, que "es suya el alba de oro", y haga llegar hasta nuestra tierra fraterna los frutos sazonados de su huerto interior.

Después de Ayacucho. — Por Enrique Bernardo Núñez.

Tal es el título de una fuerte novela llegada también de la tierra venezolana. No es esta, según lo dice el mismo autor, la primera novela que publica. Otras anteriores no han sido bien acogidas por la crítica. Nada conocíamos de este autor antes de leer esta novela, y no sabemos, por lo tanto, si tuvo o no razón la crítica para proceder de esa manera.

"Después de Ayacucho" es la epopeya venezolana de ese oscuro y sombrío período que en todas las naciones sudamericanas sucedió, como una nueva Edad Media, al ciclo heroico de la Emancipación. Período de gestación, caótico, como todo aquello que sale de un régimen claro y definido para ingresar en un nuevo orden de cosas; y que busca su equilibrio en los movimientos desordenados, durante los cuales aparecen en la superficie de las sociedades, como en un agua revuelta, las heces que dormían quietas en su profundo seno. Miguel Franco, héroe verídico de esta historia, es uno de los tantos caudillos surgidos de la nada, y sin título alguno para arrastrar a las masas. Ambicioso, servil, cobarde a veces, a veces de una bravura impulsiva e inconsciente, que más se parece a la cólera que al valor, el protagonista de esta novela es una verdadera creación. No podemos juzgarlo desde el punto de vista de la realidad histórica, porque este período oscuro permanece aún desconocido para la generalidad de nosotros, respecto a las otras naciones de nuestro continente. Figuras de caudillos locales no pasan, en general, de las fronteras de la propia patria, salvo casos excepcionales, como lo son muchos de la historia de la República Argentina. No podemos, por lo tanto, decir si una sombra de parcialidad adultera algunas veces el carácter poco simpático de Miguel Franco; o si la ascendencia servil y mezclada de sangres diferentes; la infancia pasada entre los esclavos y los sirvientes del severo e implacable Montenegro, hidalgo chapado a la antigua, con todo el empaque, con toda la intransigencia, con todo el orgullo de casta de los viejos castellanos, modelaron exactamente el alma contradictoria de Miguel Franco. Pero sí, podemos asegurar que vive en la novela con caracteres propios: y si el estilo, a las veces irónico del autor — de una ironía que no condice con el tono realista y aún trágico en ocasiones del libro — perjudica más de una vez la clara comprensión del carácter — que podrá ser muy familiar al lector venezolano, pero que nos es a nosotros desconocido — surge, sin embargo, con relieves propios, del fondo sangriento y épico de ciertos episodios.

Más definido, como si una mayor serenidad hubiera presidido la creación de su carácter, Gaspar Montenegro es una figura definitiva. Implacable, orgulloso, de un orgullo que ante nada capitula, al sorprender a su antiguo criado en el momento en que éste intenta deshonrar a su hija, antes que matarlo como a un caballero, se contenta con ordenar a sus siervos que le apliquen cien azotes, castigo suficiente para un villano. En este episodio los rasgos salientes de Montenegro y de Franco, y aún los de Teresa Montenegro, se oponen en felicísimo contraste. La baja cobardía del segundo sólo acierta a humillarse ante su antiguo amo, al tiempo que Teresa, patricia de sangre, confiesa altivamente su amor para salvar al indigno, y el viejo hidalgo tiene palabras de verdadero aristócrata: "Teresa, antiguamente las Montenegro se enamoraban de

los héroes, de los condes feudales que volvían de las Cruzadas o de la Reconquista. ¡Ahora para ellas es indiferente un cobarde!..."

Pero en donde Enrique Bernardo Núñez descuella verdaderamente, más que en la pintura de los caracteres, es en la evocación de cuadros y de ambientes. Dos o tres episodios, sobre todo, están relatados con mano maestra. El motín en que el pueblo asalta el edificio del Congreso y dispersa a los diputados y senadores, es de un realismo impresionante. El sordo rumor de la masa descontenta, preparada de antemano por los discursos de políticos turbios, al estilo de ese Pantoja rastrero y vanidoso; la primera agresión anónima; el delirio inconsciente que se apodera poco a poco de todos y obliga a Franco porque sí, en una ebriedad de sangre y de peligro, a arrebatar la bayoneta de manos de un guardia, y a atacar, sin convicciones, lo mismo a los diputados hoy, que a los otros mañana, es el proceso real y verdadero de todos los motines populares.

Pero, donde Núñez alcanza los contornos de un verdadero poeta épico de grandes vuelos, es en la pintura de los campos desolados por la guerra civil; las aldeas incendiadas, los campos yermos y abandonados por los cuales cruza — caravana de horror, cargada de miserias y de llagas — la población que huye frente a las guerrillas, bajo un cielo plomizo y reverberante como una lápida metálica, del clima tropical. Hasta el mismo Miguel Franco se detiene un instante, presa de horror, frente a esa bíblica evocación del éxodo de un pueblo maldito; pero sólo un instante. Su alma de ave de presa calcula en un segundo el botín que representa para él la lamentable caravana de miserias: bestias flacas, que arrastran las carretas desvencijadas; puñado de oro amasado afanosamente durante años, y recogido ávidamente en la huída, como suprema espe-

ranza de reconstrucción futura; ropas escasas, que cubren los miembros llagados, enfermos, de los ancianos y de los heridos...

Y como banda de cuervos o caranchos que se ceban en los cuerpos moribundos, la tropa de Miguel Franco cae sobre la miserable fila de los que huyen y deja a su paso un tendal de cadáveres, de heridos y de mutilados; mientras la parte sana de los fugitivos, amazonas enloquecidas de terror, llevando sobre sus cabalgaduras el fruto de sus entrañas, se alejan en un épico galope de walkyrias, y se pierden a lo lejos entre alaridos de miedo y resonar de cascos en la tierra...

Y luego, el vivac entre los despojos, el incendio de las carretas, el abandono de los heridos y el asesinato de Recado, aplastado bajo una carreta por el mismo Franco en un acceso de miedo frente a su antiguo rival de Ocumare, y que huyendo del combate cara a cara empieza a correr alrededor del vehículo hasta que un momento favorable le permite arrojarlo sobre su enemigo y aplastarlo bajo su peso. Y el ensañamiento después, al ordenar a uno de sus negros prender fuego a la carreta, por si Recado conserva aún un resto de vida; mientras el negro, más humano, se cerciora, antes de cumplir la orden, que el cuerpo allí tendido es realmente un cadáver.

Y como éstos, muchos otros episodios, entre los cuales el ataque e incendio de la vieja casona de los Montenegro, no es, ciertamente, el menos realista, ni el menos interesante.

Sobre este fondo épico y sangriento, el amor de Miguel Franco y de Teresa Montenegro pone su perfume de flor salvaje y encantadora, hasta en el orgullo sangrante de la patricia que ordena a sus esclavos, durante el ataque, tirar contra su amante; y que luego, vencida la resistencia, pide a uno de sus amigos que la

salve del agresor, y luego, en un rapto de salvaje pasión, exclama: "¡Déjame, le amo, le amo!..."

Un hermoso libro, en resumen, a pesar de cierta oscuridad en la descripción del carácter central y de algunos episodios, como la muerte de Ignacio Montenegro, que deja en el ánimo del lector la duda de quién fué su matador; como cierto tono de ironía inoportuna que perjudica la línea general de la obra. Pequeños defectos que no alteran fundamentalmente el valor intrínseco de la obra, valiosa, además, como documento histórico. La novela no queda concluída en este tomo; el autor promete continuarla en un nuevo libro que titulará "El Caudillo".

Dos folletos acompañan estos dos libros una conferencia pronunciada en el Teatro Municipal de Caracas el 12 de octubre de 1918, por el eminente escritor venezolano Manuel Díaz Rodríguez y titulada "Ante la guerra y por Hispano-América" una; y dos artículos del historiador y sociólogo Laureano Vallenilla Lanz, reunidos bajo el nombre de "El Libertador juzgado por los Miopes", y destinados a rebatir los conceptos de Carlos Villanueva sobre un punto de la historia del grande hombre americano

Poco podemos decir de uno y de otro. No es una conferencia sobre la guerra lo que puede permitir juzgar a un escritor de obra tan vasta como Díaz Rodríguez, ni es un artículo de polémica, por bien inspirado que esté, y revele cultura en la expresión y conocimiento en el asunto, que pueda poner de manifiesto las dotes intelectuales y el prestigio de que goza un escritor como Laureano Vallenilla Lanz. Esperamos, para escribir sobre uno y otro, recibir obras de más aliento que estos dos folletos.

LUISA LUISI.

FIESTA DE SOL

En las orientales fiestas de la aurora
dicen las campanas su canción sencilla,
y el sol, como un mago, voluptuosamente
milagroso, llena de oro las campiñas

Despiertan los huertos Apolo sonríe
Hay alas y cantos que a vivir invitan
La brisa es como una azul mensajera
que trae la promesa blanca de la vida.

El parque desierto es como un amigo
que pasar mirara los más bellos días,
en él has oído la dulce leyenda
del amor, como una sutil armonía.

Por las alamedas mi vida se expande,
mi alma es una copa de azul ambrosía
que enajena; hoy quiero juventud, amores;
la Natura es una madre que me mima.

Los dulces, los gratos recuerdos se envuelven
como en una vaga y azul lejanía.
Allá, junto al lago perezoso, dime:
¿Verlaine y Darío leen poesías?...

Esta antigua casa solariega es como
un santuario augusto de pasadas dichas.
Los abuelos — ¿sabes? — desfilar miraron,
desde aquí, las largas horas de la vida.

Acaso en el banco de pino que luce
sus gastadas formas de madera antigua,
en el patio, al suave fulgor de la luna,
amantes hoy muertos se dieron la cita.

¡Ven, amiga! Deja que en tus labios beba
el néctar divino de la poesía:
mi musa bohemia me dice que acaso
mañana lloremos las horas perdidas.

La copa está llena de milagros; sean
tus labios un cáliz; ¡bebamos, amiga!
mientras las campanas, bajo el claro cielo,
anuncian las fiestas nupciales del día.

¿Qué importa el futuro, que en brumas envuelto,
los grandes amores de un soplo marchita?
¡Que el amor fecunde la sangre y del alma
brote la promesa blanca de la vida!

(Mi musa bohemia me dice que acaso
mañana lloremos las horas perdidas...)

MANUEL BENAVENTE.

UN ESCRITOR GENUINO

Javier de Viana

De los autores que explotan el asunto nacional, ninguno supera al popular escritor de "Leña Seca" y "Yuyos". Así, mentemos a Reyles y a Acevedo Díaz, maestros como Viana, pero no tan acabados, tan completos, tan hábiles, tan psicólogos. Excluyamos comparaciones fatigosas, por demasiado analíticas y literariamente pedagógicas. Hablemos solamente de Viana.

Como él no hay otro cuentista en el Río de la Plata. Como él nadie ha desentrañado la idiosincrasia, el carácter, la sentimentalidad, el lúgubre pensamiento del hombre de campo: el gaucho. Nuestro gaucho es triste, meditabundo, unilateral.

Cuando sirven de protagonistas en la labor del notable literato criollo, cruzan la escena sin alegrías, sin escepticismo, aunque con filosofía, con voluntad callada, sin risas ni fantaseos. Si para juzgar el mérito de la inmensa obra de Viana se requiere condiciones de conocimiento campesino en hombres, cosas y sucesos, alardeamos de sabedores...

Estudiar a Javier de Viana en toda su producción, además de ser tarea ímproba, sería inoportuna, en la hospitalidad de estas columnas. Ya Roxlo, en la "Historia Crítica de la Literatura Uruguaya", hizo una semblanza enjundiosa y maestra del narrador autóctono.

Como, por otra parte, cada libro de Viana da la im-

presión de conjunto de su modalidad artística, basta comentar uno de sus volúmenes para dar en la totalidad de su estro. ¡Es que todos los libros de Viana se parecen! ¡Leer uno es leer todos en la esencia artística!

Tomemos uno al azar en la larga lista de sus obras: "Macachines" o, mejor, "Leña Seca", o "Sobre el recado". No sabemos decidirnos, temerosos de una mala, hipotética elección.

Hablemos de cualquiera.

Las escenas ocurren en el interior, indefectiblemente. El ambiente rural lo pinta Viana con insuperable destreza. Nada escapa a su perspicacia, a su numen. Conoce, como buen gaucho, todo el cuerpo, todo el contenido, la estructura material, la índole afectiva de los pobladores de tierra adentro.

Todo lo que es decoración artística, Viana lo expone en unas cuantas líneas. Todo detalle pictórico lo traza de una plumada En lo objetivo su competencia es notoria. Ahora bien:

Donde Viana habla con absoluto dominio, donde es psicólogo y donde más valor comporta a la literatura patria, en donde sobresale por cima de todos los narradores aborígenes, es en el retrato de los hombres de campo, tanto físico como moral y sensitivo.

El alma, el corazón virgen y cristalino, el cerebro abierto y sin anfractuosidades mentales, el temperamento noble del gaucho, Viana los ha comprendido, adivinado y transcripto como no lo han hecho ni Reyles, con ser coloso en estos tiquis-miquis lugareños, ni Acevedo Díaz, padre de muchas novelas nacionales, ni la plana menor de nuestros literatos.

Las inclinaciones morales, la naturaleza simple y expresiva, serena y cándida, el rumiar de tristezas y amores, esperanzas y fueros, el pensar y expresar de

los gauchos, los destina con la péñola, Viana, a hacerlos inmortales en el romancero nacional.

No hacemos más que repetir calurosamente lo que dijo en su magistral Historia, el frondoso poeta de "Flores de Ceibo". El gaucho, tan incoherentemente pintado en obras y memorias por doctos cronistas, recién dispone de una semblanza auténtica y verídica desde que Javier de Viana puso su empeño, su talento, su cariño y su fraternidad a reivindicar para el héroe anónimo, en las épocas de efervescencia insurgente, para el mortal sufrido, en las lides del trabajo, los justos valores que tiene tanto en el arte, como en la realidad. Sentimos en cada página de Viana latir nuestros corazones, por donde circula sangre gaucha y charrúa.

En cuerpo y alma cruzan en alas de inspiración los gauchos toscos, pero elocuentes y filósofos analfabetos, en la musa de Viana.

Si la transcripción del mundo real a la prosa o al verso importa escaso mérito, la excepción la da Javier de Viana. Su objetividad tórnase en subjetividad.

Es que el gaucho lo lleva entre pecho y espaldas el mitad pueblero y otra mitad rural, Javier de Viana.

La vocación literaria de este ilustre escritor no puede ser más fecunda, más natural, más artística, más espontánea ni más oportuna y necesaria. En su género, no hallamos, porque no existe, con quién parangonarlo.

Es que Javier de Viana es único en su especialidad; su ingenio único, y su numen pintoresco y feliz, en el cultivo campestre.

E. Torres Grané.

ENVÍO DE "DON QUIJOTE"

A la bienquerida.

La historia que en otra vida,
viví, señora adorada,
es esta que a vos se llega
tan inmortal y tan alta,
vertida a letras en mil
tierras de lenguas extrañas,
llenando un grande vacío
que, sin ella, perturbara
la serenidad del mundo,
la inmortalidad de España.

Esta es la historia que yo
viví en otra vida rara,
naciendo así, taciturno
y con esta propia alma,
para adoraros, señora,
"en un lugar de la Mancha".

Y ya que muerto en otrora
quedó mi historia estampada
en letras, tablas y bronces,
sabed, señora, que en gracia
deste grande amor hidalgo
que por vos llevo en el alma
vengo, en mi ensueño de amor
cruzando desde la Mancha;

y, os busco como el andante
buscó a su señora casta
en el dorado Toboso
de su alma!...

Os vi hoy lírica y dulce
cómo antes os vi encantada;
dejé vuestro armado y leve
nombre en las encrucijadas,
como un perfume de gloria
después de cada batalla;
fueron, gigantes rendidos
mis versos a vuestro alcázar
y mis suspiros, señora,
luengos así que mi lanza
tejieron el evangelio
tan manchego de mis cartas.

Os amé antes como hoy,
más feliz antes, pues cuánta
diferencia hay en sufrir
un Sancho, y a una miriada.
Declaro que en este viaje,
más que en las crudas batallas,
sufro yo los aforismos
sanchezcos de las usanzas
de estos siglos tan distintos
al que vió Amadís de Gaula,
y al que vi en aquella vida
que hoy resucita. Románticamente os brindo esta mi historia
sin par, nunca vista, magna,
y pongo a vuestra merced,
mi brazo, yelmo y adarga,
mi pensamiento, mi senda,
mi ensueño azul y mi alma,
y hago esta cuarta salida

porque estáis de amor cuitada;
y por bien serviros, reto
a cuantos al campo salgan,
malandrines de este siglo,
follones, torva canalla,
que no pare ante el amor
su sanchezca cabalgata;
y os prometo que ha de ir
por libertaros, mi lanza
muy hondo en el gran Toboso
de mi alma!...

Y ha de barrer de este siglo,
como una tormenta trágica,
el polvo de los prejuicios,
que nunca flotó en la Mancha,
y hará besar el camino
a los malvados que infaman
este mi ensueño sin nombre
y vuestra vida sin mácula;
y así seréis, Dulcinea,
con la luz de mis fazañas
por los siglos de los siglos
de los siglos, alabada!

SABAS OLAIZOLA.

CARATULA DE UNO DE LOS CUATRO PRIMEROS LIBROS DE LA EDITORIAL "PEGASO", QUE SERVIRA DE AFICHE ANUNCIADOR PARA DICHA EDITORIAL

GLOSAS DEL MES

Viajeros ilustres

Mientras llega a París Leopoldo Lugones, donde se le festeja como a un rey mago, según quería Ventura García Calderón anticipándose a los anhelos de la Francia, hete aquí que cruzan el mar oceánico Paul Fort el príncipe, Eugenio D'Ors el filosofante y Francisco Grandmontagne el novelador.

Son los viajeros ilustres, que van y vienen por los caminos del mundo, tornados legendarios a su paso...

Salud a ellos, que usan el precepto máximo de Rodó para la renovación espiritual: viajar. Salud a ellos, que en el decir de Grandmontagne vienen a redescubrir la América para Europa. Salud a ellos, embajadores que traen gavillas de alondras para soltarlas a cantar en nuestras florestas, donde la mañana va llegando.

*

Paul Fort, el príncipe de los poetas franceses, — "baladeur" genial en la lírica contemporánea, — trae la voz altísima de la poesía para derramarla entre nosotros, — propulsor del novecentismo y propagador del parisianismo artístico. — Dará en Montevideo una serie de conferencias literarias de verdadero relieve, que serán purísimo deleite a nuestra sed joven y ya eterna sin embargo...

Eugenio D'Ors, el glosador encantador, de quien es la filosofía del hombre que trabaja y canta, viene a co-

nocer la tierra maravillosa de donde sacó un día sobre ligero navío transatlántico a Teresa "la bien plantada", doctora en nacionalidades y símbolo milagroso de la raza...

Francisco Grandmontagne, el cronista de dos mundos, que en los versos admirables de Antonio Machado "bajo el sol, — el duro pan se ganaba, — y, de noche, fabricaba — su magnífico español", — vuelve al Río de la Plata "ungido de las letras embajador hispano", después de haberle dado al ibérico idioma la fe y la alegría que ya iba perdiendo...

*

Montevideo, "tacita del Plata", — ya no tiene a Rodó para dar la bienvenida a los viajeros, pero posee aún al viejo poeta estremecido Juan Zorrilla de San Martín, clásico tradicionalista, cantor de la patria leyenda, que gusta no en tanto vibrar con los vientos de la modernidad, mientras se condecora el pecho con la Cruz del Sur...

Sea él quien represente el parnaso uruguayo, — por cuyos flancos sube en tropel el coro unánime de los nuevos, — y sean los ilustres transeuntes tan a gusto como en su propia casa, mientras todos nosotros apuramos la gracia suprema de la divina cátedra, y en las lonas hinchadas de los barcos viajeros tiembla el ansia de la quimera y el vuelo de la golondrina...

TELMO MANACORDA.

La exposición de Alberto Dura

Ahora no nos interesa tanto el valor artístico de los cuadros, como su valor ético. Reconocemos agradablemente que nos dan una sensación casi absoluta de lugares conocidos, de situaciones de la naturaleza, cu-

yas dificultades técnicas, en color y volumen, no pueden escapar ni a los profanos

Por esta sana interpretación de la realidad, que no de otro modo podemos expresar, en nuestra carencia de tecnicismos, ese modo de sernos accesible la belleza, por eso no más, ya merece muy bien Alberto Dura los elogios que se le tributan

Pero, más nos entusiasma de su obra, el ser ella resultante de una labor tenacísima, de una larga lucha continua con las dificultades de su arte, con la incapacidad educativa del medio, y, tal vez, hasta con rebeldías orgánicas

Es admirable en nuestra tierra la abundancia de inteligencias vivaces en notoria ebullición, a las que sólo faltan el esfuerzo y su disciplina, para realizar ópima labor intelectual

Sin embargo, es posible observar en los panales de nuestras abejas una gran desproporción entre la promesa y la cosecha, es que no se trabaja.

* *

Baudelaire decía: "la inspiración consiste en trabajar todos los días"; no vamos a aceptar esto integralmente, pero reconocemos cuánta verdad contiene.

No lo aceptamos integralmente, por no creer que en ninguna materia la inspiración obedezca a quien la solicite; y el pintor o el escultor o el poeta que fiaran del axioma, podrían encanecer o extinguirse sin alcanzar la obra que perpetuara su nombre.

Mas una solicitación constante, o sea una aplicación continua en el sentido de las aspiraciones de la voluntad, puede influir para que la voluntad sea lentamente sustituída por las fuerzas que en el impenetrado misterio de lo subconsciente elaboran lo que se llama fruto de la inspiración.

Mientras algún prodigio de histoquímica no encuentre el mecanismo usado por las sensaciones para convertirse en imágenes, en ideas, nos cabe a todos el derecho y el gusto de emitir pareceres, acogiéndonos a los recursos de que podamos fiarnos.

Goethe, escribiendo a Humboldt, cinco días antes de morir, le explicaba, con milagrosa claridad, cómo "todo talento implica una fuerza instintiva obrando en la inconsciencia y en la ignorancia de las reglas cuyo principio está, sin embargo, en ellas , los órganos del hombre, por un trabajo, ejercicio, aprendizaje, o reflexión persistente y continua, etc, etc, amalgaman, continúan inconscientemente lo que es instintivo y adquirido; y de esta química, a la vez consciente e inconsciente, resulta un conjunto armonioso del cual el mundo se maravilla". Contaba en esa carta cómo la idea de "Fausto" le viniera hacía más de sesenta años en plena juventud, perfectamente neta; el plan no lo dejó desde ese día, "y lo tomaba en detalle, dice, componiendo las partes que *me interesaban* más Pero cuando ese interés faltó resultaban lagunas, como en la segunda parte La dificultad estaba en obtener por fuerza de voluntad, lo que no se obtiene sino por acto espontáneo de la naturaleza".

Otro sabrosa carta de Mozart, habla de su labor subconsciente "Cuando me siento bien y estoy de buen humor, etc., etc., los pensamientos me vienen en montón y lo más cómodamente del mundo. ¿De dónde y cómo llegan? No sé nada, ni en ello tengo nada que ver. Los que me agradan los guardo en mi cabeza, y los tarareo, según se me dice. Una vez que tengo mi aire, otro viene a agregarse al primero. La obra se agranda y todo se produce en mí como un bello sueño. Si me pongo en seguida a escribir, no tengo más que sacar del saco de mi cerebro..."

Como Goethe y Mozart, ¡cuántos hombres pueden nombrarse, en cuya obra se evidencia la labor sub-

consciente! Hartmann, Stuart Mill, Sócrates, Villiers de l'Isle Adam, Blake, Shelley, Beethoven...

Pero sin el *interés*, que dice Goethe, si no se hubieran puesto en seguida a escribir, como dice Mozart, ¿podríamos asegurar que tal inconsciente labor intelectual se fijara en la obra admirada en el correr de los tiempos?

Seguramente, no. Es necesario, pues, captar las fugitivas imágenes, los ensueños, todas las cerebraciones, hasta aquellos mismos pensamientos de los que "nuestra alma no se apercibe", según la frase de Leibnitz.

Y es el trabajo constante quien permitirá logarlo. Mientras las creaciones intelectuales ambulen por nuestras rúas, o asciendan por las espirales de las humaredas de café, o dancen verbales zarabandas, sin llegar a fijar sus ritmos, ni sus colores, ni sus formas, poco valdrá la indiscutible vivacidad de nuestras inteligencias.

*

Necesario es trabajar; y como eso es lo que permitió a Alberto Dura triunfar de las dificultades de su arte, de la incapacidad educativa del medio y, tal vez, de rebeldías orgánicas, nosotros lo elogiamos francamente y le tributamos nuestra honda admiración en estas páginas.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Con la luna. — Poesías por Pablo Aguirrezabal — Salto — 1921

El Ateneo del Salto — institución de sólidos prestigios cuyas bellas iniciativas culturales hemos celebrado varias veces en esta Revista — acaba de editar, en una forma que hace honor al buen *gusto de los* copiladores y a los talleres tipográficos de esa ciudad litoral, las poesías de este malogrado poeta, muerto a la edad de veinte años

De humilde origen, necesitando ganarse la vida en un rúdo oficio, débil, perdido en un ambiente hostil, sin medios ni tiempo para ilustrarse, sin paz para sus ensueños, Aguirrezabal deja, no obstante su breve y áspero pasaje por la tierra, una obra poética grávida y digna del tardío honor que sus coterráneos le han rendido

El doctor César G Gutiérrez presenta al poeta en un hermoso prólogo y comentando su obra dice· "Si quisiéramos encontrar la huella de un maestro diríamos que lo tuvo en la naturaleza, en la serena claridad de nuestras noches de luna y en la melodía interior que arrullaba su alma, su vida de jornalero no le permitió cristalizar en una gran cultura, *por lo cual no presenta dificultades ni requiere su* til investigación rastrear la genealogía de su lira, que, por su aroma, diríase construída con la madera de alguno de los naranjos que engirnaldan nuestra ciudad, encordada en el silencio elucubrador, con los rayos de luna que fueron sus confidentes preferidos y pulsada por un espíritu salteño, que fué atemense, porque, en medio de las rudezas diarias, cinceló las cuatro faces de su alma, porque iluminó su labor oscura de talabartero, entonando, con su vida y con sus versos, un himno a la independencia creadora del espíritu, porque supo elevarse sobre la necesidad, que es redimirse según Renán, porque, más fuerte que las adversidades, supo embellecerlas, derramando sobre los dolores, a manera de bálsamo, su ánfora griega saturada de nardos".

Esa es, en efecto, la impresión que deja Aguirrezabal. un poeta sublimar, simple, con aroma de flor silvestre, enfermo de dolencias subjetivas, que expresó en versos cautivantes por su espontaneidad y por la pureza cristalina de su tono melódico

Ilustra el libro una carátula a dos tintas de E Prati, doblemente notable por el arte con que está realizada y por el intenso vigor de la alegoría. — J. M. D.

A la sombra del Amor. — Drama en tres jornadas, de José Fabio Garnier. — Centro América — 1921.

Desarrolla el autor un argumento novedoso y altamente dramático; y lo hace no sólo con soltura y verismo en el diálogo y con pericia técnica, sino adentrándose en el alma de sus personajes hasta diseccar sutilmente en sus psicologías.

Es difícil juzgar por una simple lectura el valor dramático de una obra; con todo, nos atrevemos a expresar nuestra convicción de que llevado a la escena "A la sombra del Amor" — descontando desde luego la eficiencia de los actores — ganaría mucho en intensidad, porque la mayor parte de sus situaciones nos parecen eminentemente teatrales

De todos modos, es preciso afirmar que esta obra de José Fabio Garnier aporta a la literatura dramática centroamericana un libro de méritos sustantivos y añade una nueva aureola a su nombre ya prestigiado por una bella y profusa labor espiritual. — **J. M. D.**

El libro de los Juegos Florales del Salto. — Salto (Uruguay). — 1921.

La Comisión Organizadora de los Juegos Florales verificados con éxito tan halagüeño en la ciudad del Salto el año 1919, ha dado fin a su tarea, reuniendo en un volumen las composiciones premiadas en aquel concurso, así como los discursos pronunciados y demás relatos concernientes al certamen

No es el momento de hablar sobre el mérito de las composiciones premiadas, algunas de las cuales — justo es consignarlo — se destacan vigorosamente, sino el de hacer resaltar el noble empeño puesto por esa Comisión en el desarrollo de sus tareas, la conciencia con que las llevó a cabo y la cálida simpatía con que el pueblo salteño acogió la iniciativa.

Por lo demás, es innegable que si los Juegos Florales no dan a menudo el resultado artístico que se espera de ellos, representan un poderoso medio para luchar contra la indiferencia general por las manifestaciones estéticas superiores. El Salto lo ha demostrado, porque durante un largo período vivió suspenso de este certamen artístico. Y su éxito ha sido contagioso: Paysandú, siguiendo las mismas huellas, se apresta para celebrar su fiesta de arte en el mes de octubre próximo, la que, sin duda, tendrá tanta resonancia como la salteña. — **J. M. D.**

Bordeland. — Cuentos, por Atilio Chiappori. — Buenos Aires. — 1921.

Tiene este libro muy grandes relieves artísticos, constituyendo una nota original (que trasuda exotismo), en el ambiente del Río de la Plata. Los personajes, en su casi totalidad, son tipos anormales, que el autor se complace en fijar con rasgos, en algunos casos, inolvidables. Quien lea "Bordeland", que significa "tierra de confín", no es fácil que confunda los cuentos que Chiappori ha coleccionado.

Como exquisito artista que es, muy versado en pintura, compone

sus relatos con el mismo esmero con que haría un Apeles el original para un cuadro. Las figuras tienen siempre, como fondo, un paisaje apropiado que, lejos de quitarle relieve, dijérase que les comunica "ambiente". Hay un anhelo de perfección formal tan grande en Chiappori, que, a veces, va al amaneramiento, cuando no al artificio.

Se notan influencias francesas, d'annunzianas y, sobre todo, en cuanto al lenguaje se refiere, el modelo de Valle Inclán. Pero la imitación, cuando se hace con talento (que es el caso de Chiappori), es lícita, y nosotros no vacilamos en aplaudirla aquí.

"Bordeland", en rigor, es una obra juzgada. Hace años que valióle al autor un gran éxito en la Argentina Reeditándola en su "Biblioteca Patria", Manuel Gálvez demuestra buen gusto, y sirve, como parece ser su lema, a los escritores de su generación Emilio Becher, aquel positivo talento que se fué de la vida sin darnos más que una mínima parte de lo mucho que prometía, dijo que Chiappori manejaba "con la misma habilidad el verbo y el adjetivo; el verbo que fija la imagen activa de los movimientos y sorprende el signo fugaz de los ademanes; el adjetivo, túnica transparente que viste y colora el concepto sustancial". Sin discusión, el estilo de Chiappori es muy dúctil, lleno de suave color y de discreta elegancia — **V. A. S.**

La Ventana y otros Poemas. — Dimitri Ivanovitch — San José de Costa Rica. — 1921.

Por amable envío de J. García Monge, hemos leído estos poemas de Dimitri Ivanovitch, por quien guardábamos vieja simpatía de juventud, encendida en el romántico brasero de aquellos poemas que publicó Darío en las páginas artísticas de "Mundial".

Luego de diez años ligeros, hemos querido renovar las emociones de entonces, y—¡cosa rara!—ya no nos conmueve con igual fuerza aquel verso clásico que tan dulce fué para nosotros. ¿Han cambiado los tiempos? ¿Hemos cambiado el alma? ¿Ha cambiado Ivanovitch? Intrincado problema cuya solución nos tienta y que acaso habremos de dilucidar un día...

Dejemos constancia, entre tanto, que este libro parece ajeno a las complicaciones y desorbitancias de la hora, y que su autor, poeta deveras, y poeta en el más alto y en el más puro sentido de la definición, ha coleccionado en él una hermosa serie de composiciones, sencillas, espontáneas, suavísimas, de ternura y pasión.

Hay algunos "Crepúsculos" y algunos "Nocturnos" realmente bellos, — bellos hasta ser puro ensueño, mágico encanto, belleza total. — **T. M.**

Huerto Silencioso. — Prosas de Angel Cruz Rueda. — Jaén. — 1919.

Tenemos que ocuparnos con algún atraso de este libro, que con atraso se nos ha enviado. Angel Cruz Rueda no es un profesional de las letras, sino que recurre a éstas para dar esparcimiento a su espíritu. Ya dijo el maestro cómo el placer de escribir es lo mismo que

el de leer, pero agudizado y ungido por el dolor de la creación. (Recordamos la idea, pero no las palabras de esta cita que nos viene a la memoria). Cruz Rueda, joven y culto, refleja en "Huerto Silencioso" emociones y andanzas recibidas en la época estudiantil. Se nota al autor más seducido que por lo interno, por lo externo, más atento al panorama que al paisaje interior, más preocupado por los medios de expresión que por las ideas. Pero el libro es delicado, y es honrado, y es bello Poco trabajo da el descubrir las influencias dominantes en Cruz Rueda, o, mejor dicho, la influencia, pues el joven literato piennense es un muy fiel discípulo de Azorín, aunque se acuerda de otro singular escritor, Ramírez Angel, cuando refleja madrileñerías en un esbozo de novela, si desvaída de asunto, muy cuidada y donosa de estilo.

Cruz Rueda tiene grandes condiciones de prosista; conoce el idioma como Azorín, lo que da un sabor conveniente de añejismo a frases construídas en la forma nerviosa más moderna. Describiendo la naturaleza, es realmente eglógico El volumen concluye con una evocación de la Mancha, que es la página más admirable de todo el libro Convendría que la leyeran los que suponen que nuestro campo y las cosas de nuestro campo no tienen paralelo en el viejo mundo. Aquellos peones de los establecimientos manchegos, que usan la manea, que emplean giros anticuados, que son ladinos y un poco enigmáticos adrede, son el verdadero "pendant" de nuestros gauchos, como que tienen un ascendiente común — **V. A. S.**